



A lo largo de este libro se va formando fatalmente la sensación ya conocida de que los dictadores están hechos por los dioses con una amalgama de pocas partes morales y muchas de una estolidez abismante; el elemento que coliga ambas partes es una duda la megalemanía. Entre los actos "creadores" de Fidel Castro resulta en forma de veras espeluznante el ambiente impuesto por este autócrata tropical (y que lleva a pensar si es cierto eso de que los pueblos tienen los gobernantes que se merecen), ambiente de recelos, de traiciones, de la indignidad a que por el miedo pueden llegar los ciudadanos en su vida de relación; porque ahí, el que no se presta a la delación para el Servicio de Seguridad del Estado de Fidel, es motejado de agente pagado por la CIA (¡oh, CIA!). Recordará usted que Edwards llegó al borde mismo de una psicosis de la delación. Parecería que los micrófonos son vagatos de flotar como corpúsculos en el aire. Nadie sabe si uno de ellos está "oyendo", así como no parece posible saber si un interlocutor inocente correrá después a la Seguridad del Estado con un alfiler micrófono en la mano. (A propósito, un rasgo del literato chileno que andaba de paso por Cuba entonces, Francisco Coloane, en un banquete oficial, pág. 229, en medio del estupeor de los convesales, con su vuzarrón declaró: "que él, viejo militante comunista, había llegado a la conclusión de que en Cuba una persona se convertía necesariamente en revolucionario puro o en un ejemplo hipócrita, agregando, desde luego, que había observado un neto predominio de los hipócritas". A poco, día por levantada la sobremesa... ¿Qué sería lo que ya ahogaba en aquel ambiente de delaciones a uno de nuestros más eximios escritores? Tal vez lo mismo que ya ahogaba al cubano Padilla y varios otros. Sólo que la autodenigración posterior de éstos ajusta poco con la imagen de Coloane (al parecer, sí con Edwards, dada su última declaración en Chile). Note usted que a la llegada de Edwards, Padilla le dijo: "No hables nada. No confíes en nadie. Ni siquiera en mí. Pueden sacarme cualquier cosa en cualquier momento".

También deja meditando la visita de Pablo Neruda que nos ofrece el autor. La primera: En Perú debe llevar al poeta al palacio de Gobierno, poeta que al entrar a la audiencia le dice: "espérame un cuarto de hora". Neruda tardó dos horas y media e incluso almorzó con Velasco, mientras Edwards esperaba y esperaba en las salas... bien extraño servilismo, me parece. Sin embargo, pese a los múltiples detalles que retratan al vate sirviendo a su vez a Moscú, al final aparece humanizado, simpático; hasta declara que Solzhenitsyn, pese a todo, "es el gran maestro contemporáneo de la lengua rusa".

Hemos comensado con usted, Alone, que en este libro se demuele sin vuelta y a fondo a Fidel Castro y su socialismo bamboleanante, ello a pesar de que se percibe entre líneas que Edwards sujeta las riendas de su relato por la obvia razón de su personal marxismo. Pero quería también hacerle notar un aspecto literario curioso. Mientras el autor relata su terrible experiencia cubana ya todo en buenas cuentas por llevar un apellido que, a priori, no le place al marxismo latinoamericano: su estilo, que coaduna descuido del idioma algo chisantes, casi con frecuencia en el tono monótono de los informes diplomáticos; cuando en el capítulo último aborda el Pronunciamiento Militar del 11, aquel estilo falta de enjundia adquiere viveza, se vuelve casi drástico. Entonces se despliega uno de esos fenómenos literarios, tortura de escritores: no obstante la expresión pareja, lineal, a ratos hasta incolora del relato cubano, éste respira verdad de convicción a fin. La de su relato de lo sucedido en Chile a partir del 11, con todos sus adobos, denuncia sin remedio al que escribe de oídas. El don de escribir, pues, toma sus revanchas cuando se lo fuerza. La honradez con que sin duda ha pasado el autor su durísima experiencia cubana a la exposición escrita ¿no debió dictarle su inteligencia que al escribir de oídas tal honradez iba a salir quebrantada? Cuando los acontecimientos de un país, sobre todo del propio, han tenido una trascendencia tan profunda, y esos acontecimientos no han sido vividos en cuerpo y espíritu, un escritor de la altura moral de Jorge Edwards debió abstenerse de sus aseveraciones, mantener silencio y aguardar.

Que él es un rebelde lo demuestran sus expresiones poco gratas para el ambiente diplomático. Pero esa rebeldía cuando se enfrenta a sus categorías marxistas sufre de reblandecimiento, su facultad crítica parece abumbarse, como dicen los psicólogos.

En fin, es tardísimo y será necesario dar término a "nuestro coloquio". Trato entonces de definir un poco más reflexiones diciéndole que su balance místico de esta experiencia que sule visitar, como usted sabe sobradamente, a los lectores consuetudinarios, sería que el libro de Edwards deja la árida sensación del homo homini lupus.

C. M. M. C. M. M. S. B. 8-11-1975 P. 3

FIDEL CASTRO Y JORGE EDWARDS

630304

La guerra, la verdadera guerra, por ejemplo, entre Estados Unidos y Rusia, se ha vuelto imposible. Lo impide, ya lo dijimos, la bomba atómica.

Ahora la pugna por el poder se libra en el terreno de la palabra. De ahí el caudaloso abuso del vocablo "imagen" que está dando la vuelta al mundo (para darle vuelta). Hablada, escrita, con música, sin música, televisada, radiodifundida, la palabra es hoy el armamento de los países, su gran instrumento de ofensa y defensa. Se sabe que Rusia destina cien mil dólares mensuales para alterar ante el mundo la imagen del único país que se ha atrevido a derrocarla en campo abierto.

Como uno de los agentes más activos del comunismo ruso en Hispanoamérica es el dictador de Cuba, creemos interesante reproducir parte de un análisis al libro "Persona Non Grata", por Jorge Edwards, que hemos recibido, en el cual una lectora formula agudos comentarios sobre la "imagen" de Fidel que esa obra muestra minuciosamente, visto de cerca. Creemos que nuestros lectores nos lo agradecerán.

"Consuélese, amigo mío, que reabro ahora con pesada lentitud el libro de Jorge Edwards, "Persona Non Grata", para hojearle y hablarle de él. Tal pesadez proviene de la distancia que va del próximo Arte literario al libro testimonio, tan del gusto hoy día entre los editores? Qué sé yo. En todo caso es una experiencia que permite captar la diversidad de poderes que alcanzan los libros literarios.

ALONE CRONICA LITERARIA

Fidel Castro y Jorge Edwards [artículo] Alone.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fidel Castro y Jorge Edwards [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile